

ANDRÉ BRETON

## RECUERDO DE MÉXICO

Traducción de HUGO PEDEMONTÉ

**T**IERRA ROJA, TIERRA virgen impregnada toda de la más generosa de las sangres, tierra en que la vida del hombre no tiene precio, dispuesta siempre, como el agave que hasta donde alcanza la vista es su emblema, a consumirse en una flor de deseo y de peligro! Queda por lo menos un país en el mundo donde el viento de la liberación no ha amainado. En 1810, en 1910, ese viento bramó irresistiblemente, voz de todos los órganos verdes que se alzan allí bajo un cielo de tormenta: una de las primeras apariciones fantásticas es en México la de ese cacto gigante de la familia del candelabro tras el cual surge un hombre, fusil en mano e incendiados los ojos. Esta imagen romántica no se presta a ser discutida: siglos de opresión y de una enorme miseria le han conferido en dos ocasiones una manifiesta realidad, y nada podría evitar que esa realidad se mantenga latente, que siga incubándola el aparente sueño de las extensiones desérticas. El hombre armado sigue allí, con sus harapos espléndidos, como sólo él puede resurgir súbitamente de la inconsciencia y de la desgracia. Y volverá a emerger de los siguientes matorrales del camino, e impulsado por una fuerza desconocida saldrá al encuentro de otros más, y por primera vez habrá de reconocerse en ellos. Pero quede descartado que la consecuencia de tales aventuras sea la sin duda rígida formación de una jerarquía militar: en México puede ostentar el título de general quienquiera que haya sido o sea todavía capaz de movilizar, por iniciativa propia, a cierto número de hombres reunidos uno por uno en los campos. Los "generales" a que me refiero, formados por lo común en la ruda escuela de Emiliano Zapata y algunos de los cuales llegan a mantenerse en el poder, siguen siendo parte —hay que decirlo— de ese admirable empuje de la tierra que hará unos treinta años condujo a la victoria de los peones indios, es decir a la fracción más odiosamente espoliada de la población. No sé de nada tan exaltante como los documentos fotográficos que nos restituyen el ambiente de aquella época; que nos dejan ver, por ejemplo, uno de aquellos vivaques en que los insurgentes, descalzos, a pesar de la disparidad de sus atavíos y de sus actitudes, se ven unidos por la unánime y feroz resolución de sus miradas. Puede pensarse que los grandes impulsos son cosa del pasado, que las aldeas entregadas al pobre trueque de pimientos por vasijas de barro cerraron ya sus párpados, y que la corrupción ha penetrado, lo mismo allá que en todos lados, gran parte del

aparato estatal; sin embargo, no por ello es menos cierto que en México brillan todas las esperanzas que, sucesivamente puestas en otros países —la urss, China, España—, se vieron dramáticamente desbaratadas durante el último período histórico —aunque sepamos que esas esperanzas acabarían por triunfar de las fuerzas que hoy acaban con ellas; que son inherentes al móvil humano en lo que éste tiene de más misterioso, de más vivaz; y que lo propio de su naturaleza es volver siempre a florecer, así sea de entre las ruinas de la misma civilización.

México, con sus pirámides formadas por diferentes capas de piedras que corresponden a culturas apartadas en el tiempo pero allí superpuestas y oscuramente compenetradas, nos urge a entregarnos a esa meditación sobre los fines de las actividades del hombre. En sus exploraciones, los eruditos de la arqueología tienen la oportunidad de hacer conjeturas acerca de las diferentes razas que pudieron haberse sucedido en aquel suelo imponiendo por turno sus armas y sus dioses. Pero un gran número de monumentos permanecen todavía ocultos bajo la hierba y, tanto de lejos como de cerca, se confunden con los montes. El gran mensaje de las tumbas, que aun indecifrado llega a difundirse por insospechables caminos, carga de electricidad el aire. México, no despierto del todo de su pasado mitológico, sigue evolucionando bajo la protección de Xochipilli, dios de las flores y de la poesía lírica, y de Coatlicue, diosa de la tierra y de la muerte violenta: más patéticas e intensas que cualquiera de las restantes, las efigies de estas dos divinidades intercambian de un extremo al otro del museo nacional, por sobre las cabezas de los campesinos indios que son sus más numerosos y reconcentrados visitantes, palabras aladas y gritos roncós. Ese poder de conciliar a la vida con la muerte es sin duda alguna el mayor atractivo que México posee y un campo en el que ofrece un inagotable catálogo de sensaciones, que van desde las más benignas hasta las más insidiosas y cuyos polos opuestos nos son revelados de una manera que me parece insuperable por las fotografías de Manuel Álvarez Bravo<sup>1</sup>. Vemos entre ellas un taller donde se fabrican ataúdes para niños (la tasa de mortalidad infantil llega en México a ser de sesenta y cinco por ciento): la relación entre la luz y la sombra, la pila de cajas a escala infantil y la reja, así como la imagen de brillante efecto poético obtenida mediante la introducción de la bocina de un fonógrafo en el ataúd de la parte inferior, evocan insupera-

blemente la atmósfera de la que todo el país está empapado. En otra foto aparecen una cabeza y una mano momificadas: la pose de la mano y el destello interminable producido por el acercamiento de los dientes y una uña hablan de un mundo suspendido que bulle, presa de instancias contradictorias. En otro más, aparece un rincón de cementerio indio en el que unas margaritas nacidas entre escombros establecen misteriosas relaciones con unos aros de plumas blancas. Y cuando se trata, finalmente, de la imagen de una adolescente o de una mujer, nunca falta algún elemento dramático introducido en pleno sol: un sombrero blanco tirado, el desconchamiento de un muro, el sentimiento de suspensión del tiempo provocado por la manera graciosa en que unos pies se alzan sin esfuerzo, o bien la forma en que un velo negro y cortante se eleva bruscamente sobre un glaciar de ropa tendida a secar. De un arte semejante, todo azar parece excluido —el caballo negro sobre el fondo de una casa negra— para que destaque en todo su sentido esa fatalidad, única apertura de vislumbres divinadoras, que ha inspirado las más grandes obras de todos los tiempos y de la que México es hoy el único depositario.

El edificio situado en pleno centro de la ciudad y que visité varias veces cuando estuve en Guadalajara, ¿no es acaso el palacio de la fatalidad? Como Diego Rivera y yo andábamos entonces en busca de objetos y cuadros antiguos, el conservador del museo nos puso en contacto con un viejo tratante cuyo rostro recordaba el de Elisée Reclus. El personaje, de aspecto lamentable pero simpático y muy seguro de poder conseguirnos lo que buscábamos, nos previno desde un principio que sólo aceptaba cobrar sus comisiones en billetes de lotería. Nos confesó que durante sus largos años de vida había invertido un total de veintiséis mil pesos en la compra de tales billetes, pero que nunca había ganado un sorteo, por lo cual era natural que siguiera insistiendo. Y, camino de su domicilio, consintió en venderme una piedrecita bien pulida que llevaba consigo y en cuyas vetas había reconocido la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe; pero se negó, en efecto, a que se la pagara en metálico. Para llegar a su cuchitril tuvimos que atravesar un patio en verdad extravagante y ascender por auténticos peldaños de sueño. Por muy familiarizados que estén los ojos con la arquitectura y la decoración barrocas del México colonial, les resulta imposible no reaccionar en forma inusitada ante la disposición interior de esta antigua residencia de la especie más demoledora. Las escaleras son semibalaustradas de un verde desteñido que llevarán a un parque.<sup>2</sup> En esos descansos están instalados unos altos faroles de vía pública que se repiten en *trompe-l'oeil* sobre los muros. Columnatas al principio reales acaban por perderse, a medida que uno avanza, en una bruma de ilusión. En los enyesados, decepcionantes cuando uno se acerca, como espejos de utilería, el color aplicado se intensifica gradualmente como si imitara un aire que se espesa o un agua estancada. Así llega uno al primer piso y pasa frente a una puerta tapiada, condenada a no ser más que su propia sombra. Supe

después que la pieza a la que esa puerta conducía fue privada de toda salida en cuanto se hubo dado término al embalsamamiento de la anterior propietaria de la casa, la madre de los actuales ocupantes, quien había expresado su voluntad de reposar allí para siempre. Toda la agitación del edificio tiende naturalmente a justificarse por la presencia invisible, y por ello tanto más abusiva, de aquella gran dama. En la galería superior, la mañana de esa visita, un hombre de elegante apariencia cantaba a voz en cuello. Yo, que estaba abajo, no podía quitarle los ojos de encima aunque otro número del espectáculo fuera digno de llamarme la atención. Los ángulos del patio, semicubiertos y resguardados por medios improvisados, servían de refugio a familias enteras de pordioseros que se entregaban, tan a sus anchas como los gitanos en sus campamentos, a sus ocupaciones y a sus juegos. Otros grupos se habían apoderado de los espacios situados bajo las escaleras. En la penumbra lacustre se veían algunas mujeres atareadas en torno a una fuente y dos o tres hombres junto a un banco de carpintero. El cantante, que no había bajado el tono en lo más mínimo mientras nos acercábamos, no pareció reparar en nuestra presencia. Era uno de esos personajes salidos allá a diario de cuadros del Greco. Su importancia, en aquel sitio, me pareció desmesurada en relación con su tamaño y aun con su manera de exteriorizar, en condiciones excepcionalmente apropiadas, su delirio. Aquella importancia era indiscutiblemente de orden social. Lo comprobé al enterarme de que se trataba del primogénito de la ex propietaria y que su estado mental no había permitido hasta la fecha, debido a las leyes vigentes, que la casa se vendiera y se repartiese el producto de la venta entre él y los otros dos herederos. Todavía me maravilla su soledad en aquel escenario y la milagrosa supervivencia de la época feudal que sus modales implicaban. Mientras que los bárbaros como yo acampaban a las puertas mismas de las habitaciones y minaban, con su audacia sacrilega y magnífica, ese último santuario de alas de cartón... México entero estaba allí, en la ascensión abrupta que la vecindad de un país económicamente muy evolucionado le obliga a lograr sin transiciones, mediante una sucesión de restablecimientos vertiginosos del equilibrio, como al trapealista. También tuve entonces la oportunidad de conocer al hermano de aquel extraño sobreviviente que, desde la punta del mástil de su balsa, podía creer que había detenido las olas del tiempo. Muy diferente a él, sin nada de altanero ni de conmovedor por algún concepto, volvía para la comida del mediodía cargando una pequeña maleta. Esta maleta, que abrió con gusto ante nosotros, contenía las joyas menos valiosas de la familia, aquellas que él no había logrado colocar durante sus visitas cotidianas a los comerciantes del ramo. Nos contó que habían sido asignados a los criados —el viejo tratante que nos llevó a aquel lugar era uno de ellos—, para compensarlos por los salarios que les debían desde hacía tiempo y que no había manera de pagarles, cierto número de objetos que ellos pudieran vender cuando lo necesitaran. Pero, con esos objetos, fueron desapareciendo poco a poco todos los existentes. Ante la indiferencia de los dueños de casa, los criados

habían comenzado a su vez una vida en la que recurrían a cualquier medio para salir de apuros, lo cual no tardó en volverlos proclives a la rapiña. Siempre al acecho de algún visitante a quien ofrecer una lámpara, una cadena de reloj, un juego de ajedrez, su reserva de despojos se había acrecentado y, además de conservar sus antiguos cuartos, habían invadido por todas partes la vieja propiedad señorial.

Antes de dejar la ciudad, quise volver a ver aquel palacio en ruinas por temor a olvidarme de alguno de sus ángulos, o a perder la llave que le permitiría abrirse para mí a distancia. ¡Y qué emoción jamás experimentada, y tanto más intensa cuanto que la agudizaba de segundo en segundo la certidumbre de no regresar nunca a aquel sitio, era la que me esperaba al otro lado de la puerta del salón! A aquellas horas de la mañana, con sus celosías cerradas y sus espesas cortinas rojas, el aposento de recargado revestimiento de madera lucía sombrío e inmensamente vacío pese a la presencia de un piano. Dentro de él me encontré con una admirable criatura de dieciséis a diecisiete años, idealmente despeinada, que había acudido a abrirme y que, después de deshacerse de su escoba, sonreía con una sonrisa de amanecer del mundo a la que no se mezclaba la menor sombra de confusión. Aquella jovencita se movía con suprema soltura y, contemplando sus ademanes tan turbadores como armoniosos, uno descubría lentamente que estaba desnuda bajo su vestido blanco de gala hecho jirones. La fascinación que ejerció sobre mí en aquel momento fue tal que olvidé preguntar por su condición. ¿Quién podía ser ella?... ¿La hija o la hermana de uno de los seres que habían frecuentado esos lugares en los tiempos de su esplendor, o alguien de la raza de los invasores? Poco im-

porta: mientras estuvo allí no me preocupó en absoluto su origen: me bastó plenamente con agradecer que existiera. *Así es la belleza.*

1938

NOTAS

<sup>1</sup> Cf. *Minotaure*, No. 12-13, 1939.

<sup>2</sup> Qué difícil es hacer ver lugares semejantes por medio de las palabras. Llego a este punto de mi descripción, cuando me traen la carta de un amigo. Aunque trate de un asunto muy diferente, me parece tener el valor de una ayuda oculta, llegar maravillosamente en el momento necesario para llenar en mí lagunas de la expresión y del recuerdo. Mi sentimiento de la oscura necesidad de tales interferencias me ordena citar la carta completa en vez de reducirla a su posdata, más especialmente interesante.

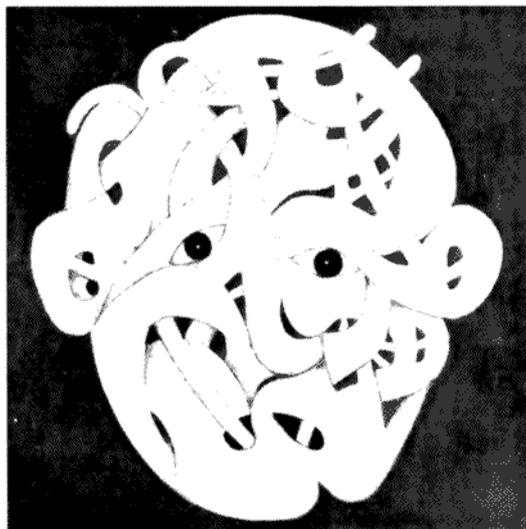
*Marsella, este 21 de marzo de 1939*

Quiso el azar que en una boîte de Marsella consiguiera (¡por un franco!) un ejemplar de *Ombres de poésie*, de Xavier Formeret. Ese libro, que debió de pertenecer al "famoso" crítico de Pontmartin, contenía versos manuscritos del mismo, de estilo irónico. Incluía además el folletín "crítico" que le adjunto.

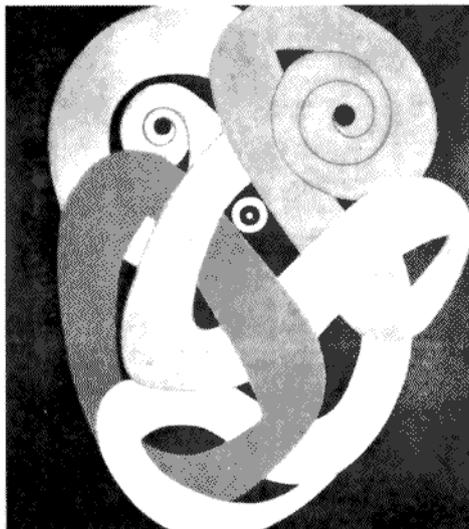
Estoy a la espera de lo que vaya usted a decir de México. ¿Ha habido más números de *Cle*? ¿Ya no se publica *Minotaure*? Trabajo en este momento sobre un atractivo tema suyo: Santa Teresa no era más que una santa.

*François Secret*

¿Conoce usted la torre del Loco, que se encuentra entre Lourmarin y el castillo de La Coste (Sade)? Está en pleno Lubéron y es una torre construida en forma de faro, flanqueada por una casa acorazada de hierro, protegida por fortificaciones a la Vauban. Ese castillo sin murallas está provisto sin embargo de un camino de ronda que desemboca en un pabellón de caza con troneras. En medio del jardín, sembrado de bojés, se elevan arcos de claustro. Una fecha: 1880.



Cabeza de chamán III, 1985



Cabeza de chamán IV, 1985